

# EL RASTREADOR Y LA SOMBRA

Alfredo Gavín



AROLA EDITORS

# I

**E**l rastreador, animal nocturno,  
¿rapta o repta, elige o es elegido  
por su difuso oficio de tinieblas?

¿Insta al rapto profético  
que lleva al sueño  
o navega las aguas escondidas  
que nos traen la luz de otros lugares?

¿Le dieron o le quitaron el don?

¿Le dieron la moneda del rubor,  
la semilla sensible  
que desciende despacio por el río  
o le quitaron  
el tiempo del reposo  
para escucharse  
solo en la enfermedad  
estrecha del sigilo?

## VII

**E**l rastreador husmea como humo sacrílego,

Furtivo en el rosal de la memoria,  
roba lo ajeno.

Contrario a las metas del tabaco  
trasiega el riesgo.

Cercano al cultivo de lo sombrío,  
ensancha jambas.

Andando los zarzales de la iguana,  
corta el espino.

Quemando la lectura de los fuegos,  
se fustiga la carne.

Y, sin dejar recado,  
pertinaz e irredento,  
se interna, huye, desaparece,  
arde, se esfuma  
dejando un traje limpio  
para el uso de víboras domésticas.

## IX

**E**l rastreador es un solitario  
que lee el pergamino de las cortezas,  
el rostro de las rocas,  
el poema del hielo,  
las hogueras calladas.

Intuye direcciones por los cantos,  
el agua y los pájaros lo guían,  
las nubes que fornican lo instruyen.

Rastros y restos, polvos y tizones,  
marcas y muescas, pulsos de la lluvia,  
olores desprendidos por el aire,  
son signos,  
palabras de un mensaje que descifran  
la vida en lo inestable,  
la vuelta del corazón en las sendas de la nada.

## XXI

Avanza el exterminio  
y la libertad busca refugio;

el rastreador cierra el cañaveral  
en la retaguardia del mar  
y entra en la cabaña de los signos opacos;

las hormigas azacanean  
materia orgánica desmenuzada,  
la serpiente deja su piel de laberinto y ceguera.

No es la primera vez que los dioses  
abandonan al hombre.  
En su soledad, su mente  
sigue dando cárceles y arenas movedizas,  
trampas y pavor disfrazado.

El explorador no explora,  
entre las cañas marinas  
cierra los ojos  
y se inunda de índigo.

## XXXII

Vi las casas abiertas, sin denuncias,  
vi cosechas usando manos gráciles,  
vi los rastros del barro entre los dedos,  
vi el amor de las madres y los gritos.

Entré en el despertar de los pacientes,  
en la docilidad y los billares,  
en la radiodicción de los vencejos,  
en el orden dispuesto como un traje.

Nadie dirá que fui sutil e indócil,  
invisible y feliz en la tristeza,  
enjambre de sonoros laberintos,  
apartado y veloz en la disputa.

Ahora sigo sendas sin dominio,  
abro el amanecer, cierro la noche,  
casi todos dicen sus pertenencias  
y yo, apenas, desgrano una palabra.